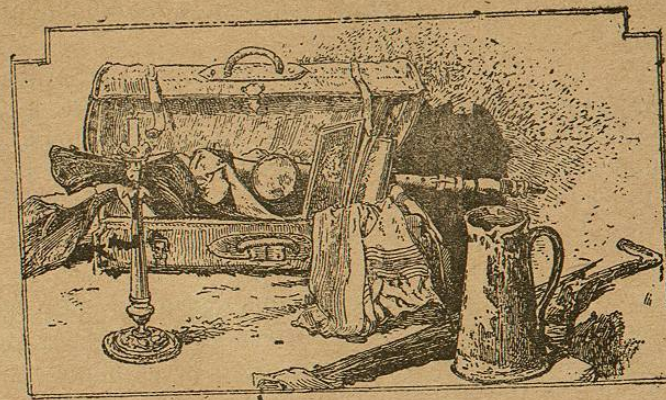
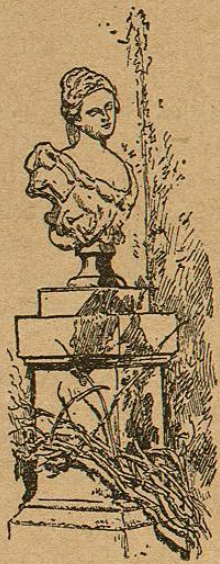


che el uniforme rojo, bordado de oro, que llevó en Cherburgo...» Lo que ocultó en sus cofres hubiera sido su defensa.

El traje del día en que el rey de Francia apareció en Cherburgo contra Inglaterra, rodeado de la marina francesa, valía más para hacerle sagrado que la santa ampolla de Reims. ¿Quién se habría atrevido á detenerle, si levantando su casacón gris hubiera mostrado aquel traje? Debía haberlo guardado; ó mejor aún, guardar el corazón francés como lo tenía entonces.



CAPITULO XIII

Huida del rey á Varennes

El rey huyendo entregaba sus amigos á la muerte.—Confianza y credulidad de Lafayette y Bailly.—Imprudencias de las partidas (20 de Junio del 91).—El rey debía pasar por tierra austriaca.—Peligro de la Francia.—Venganzas probables.—La Francia vela por ella misma.—El rey perseguido, detenido á la entrada de Varennes, arrestado.—Los habitantes del campo afluyen á Varennes.—Indignación del pueblo.—Decreto de la Asamblea llamando al rey á París.

Lo que más aflige en este viaje á Varennes, lo que disminuye la idea que el historiador quisiera hacerse de la bondad de Luis XVI, es la facilidad con que éste sacrificó, huyendo, la vida de muchos hombres que le eran adictos y que puso en peligro de muerte.

Lafayette se encontraba, por la fuerza de las circunstancias, guardián involuntario del rey y responsable de su persona ante la nación. Había mostrado él, de diversas maneras, que aunque comprometido en favor de la Revolución, deseaba el restablecimiento de la autoridad real como garantía del orden y la paz. Republicano de ideas, de teoría, no había sin embargo vacilado en sacrificar á la monarquía su gran pasión, lo que más estimaba, la popularidad. Era indudable para la familia real que á la primera noticia de su fuga Lafayette sería hecho pedazos.

Otro de los comprometidos era el ministro Montmorin, amable y debil carácter, crédulo en extremo para las palabras del rey y que en 1.º de Junio, para contestar á los periódicos, escribía á la Asamblea asegurando «bajo su responsabilidad, con su cabeza y con su honor,» que jamás el rey había soñado en huir de Francia.

Y no estaba en mejor posición el infeliz Laporte, intendente del rey y su amigo personal, quien sin ser consultado recibió el encargo terrible al partir Luis XVI, de llevar á la Asamblea la carta en que protestaba contra la Revolución. El primer golpe del furor público había de caer sobre este desgraciado mensajero involuntario de una declara-

ción de guerra del rey á su pueblo. Laporte, indudablemente en esta guerra, iba á resultar la primera víctima.

Lafayette, advertido por varios lados de lo que preparaba la familia real, no quiso creer más que lo que el rey dijera, y fué á verle para preguntar si había algo de cierto en los rumores públicos. Luis XVI contestó con tal franqueza y tan seductora bondad, que Lafayette se retiró tranquilizado. Unicamente, por satisfacer la inquietud del público, accedió á doblar los puestos de guardia en los alrededores de las Tullerías.

Bailly, el alcalde de París, recibió una carta de una criada de la reina en la que se advertían los preparativos de viaje realizados en palacio; pero en vez de ponerse en guardia tuvo la culpable debilidad de enviar la denuncia á María Antonieta; acto indigno, pues su deber era conservar la carta en secreto.

El rey y la reina habían hecho decir que asistirían el domingo siguiente á la procesión parroquial de los clérigos constitucionales. Madama Isabel manifestaba repugnancia. El 19 (víspera de la partida) la reina, hablando con Montmorin que venía de visitar á la hermana del rey, dijo al ministro: «Mi cuñada Isabel me aflige mucho: he hecho todo lo del mundo para decidirla á que asista á la fiesta: me parece que bien podía hacer por su hermano el sacrificio de su opinión.»

El rey retardó su viaje hasta el 20 de Junio, esperando que la doncella que les había denunciado á Bailly saliera de servicio é igualmente para cobrar un trimestre de la lista civil: así lo declaró él mismo. Los retardos sucesivos que se habían verificado y los movimientos de las tropas escalonadas en el camino con órdenes y contraórdenes ofrecían serios inconvenientes. Choiseul dijo al rey de parte de Bouillé que si no partía el 20 por la noche, él mismo, Choiseul, relevaría todos los destacamentos situados en el camino, y con él y Bouillé pasaría á territorio austriaco.

El 20 de Junio, antes de media noche, toda la familia real disfrazada salía por una puerta que no tenía guardias y se detenía en el Carrousel.

Un militar muy resuelto designado por Bouillé debía montar en el coche, afrontar el primero los riesgos y conducir adelante toda la aventura. Pero madama de Tourzel, aya de los hijos del rey, sostuvo los privilegios de su cargo: en virtud del juramento que había prestado ella, tenía el deber, el derecho de no abandonar nunca á sus educandos. Esta palabra del juramento hizo gran impresión á Luis XVI. Era además maudito y nunca visto en los fastos de la etiqueta que los hijos del rey viajasen sin su aya. El militar se quedó en tierra y la aya montó en el coche. En lugar de un hombre resuelto y útil se llevaron una mujer inútil. La expedición partió sin jefe; no había persona que la dirigiera: marchó sin cabeza, al azar.

Lo romántico de la aventura, á pesar de todos sus peligros, gustó

mucho á la reina. Se detuvo mucho tiempo para ver como vestían á sus hijos, y para verlos partir cometió la imprudencia de salir á la plaza del Carrousel que estaba muy iluminada.

La familia real montó en un fiacre, del cual era cochero Fersen. Este, para despistar mejor á los que pudieran vigilarle, hizo algunas correrías por las calles, y aún tuvo que esperar una hora parado en el Carrousel. Por fin llegó madama Isabel, después el rey y luego, tras una larga tardanza, la reina acompañada por un guardia de corps.

Este guardia conocía tan mal las calles de París, que había hecho pasar á la reina al otro lado del puente, extraviándose en la calle de Bac. Por fin la pareja logró volver al Carrousel y allí la reina, con odio y alegría al mismo tiempo, vió pasar á Lafayette en coche, el cual volvía de las Tullerías creyendo haber llegado tarde al acto de acostarse el rey. Se ha dicho que con la alegría infantil de haber engañado á su guardián, la reina tocó el carruaje con el bastoncito de ballena que llevaba en la mano, como era moda en las damas de la época. La cosa es difícil de creer. El coche de Lafayette marchaba al galope rodeado de muchos lacayos á caballo que llevaban antorchas. Además, el guardia de corps afirmó que la reina había sentido miedo ante la luz y que abandonó su brazo para huir.

Fersen, el cochero improvisado, no conocía las calles de París mejor que los guardias de corps, y llevando en su fiacre un depósito tan precioso para él fué hasta el arrabal de Saint-Honoré, llegando tras muchas vacilaciones y revueltas á la barrera de Clichy, donde esperaba la berlina de camino en casa de un inglés, Mr. de Crawford.

Para desembarazarse del fiacre, Fersen, ayudado por los guardias de corps, lo arrojó en un foso. Después acompañó á los reyes hasta Bondy. Allí fué preciso separarse y besó las manos al rey y á la reina para no volverlos á ver más.

Una imprudencia, entre las muchísimas que se cometieron en este viaje, fué la de hacer partir las doncellas de cámara muchísimo antes que la familia real, de suerte que tuvieron que esperar seis horas en Bondy. El postillón que las había conducido aún estaba allí y no pudo ocultar su extrañeza al ver á un hombre vestido de cochero de alquiler (era Fersen) que se despedía con tanta efusión de las gentes que ocupaban una hermosísima berlina con cuatro caballos.

Por fin parten muy entrado el día, pero á gran velocidad. Un guardia de corps ocupa el pescante, otro galopa junto á la portezuela y el tercero, Mr. Valory, corre delante para encomendar caballos, dando un escudo para beber á cada postillón, propina imprudente por lo excesiva y que sólo podía permitirse un rey. Un tirante que se rompe hace detener al coche algunos momentos: el rey retarda también la marcha queriendo subir una cuesta á pie para desentumecerse. Aparte de esto, no surge ninguna dificultad. Corren más de treinta leguas y no encuentran en el camino ningún destacamento de tropas.

La reina antes de llegar á Chalons decía á Mr. de Valory:—«Francisco, todo va bien: caso de ser arrestados ya nos hubieran detenido á estas horas.»

¡Todo va bien!... ¿Bien para la Francia ó para el Austria?... Porque en resumen, ¿dónde va el rey?...



DROUET

La noche anterior había dicho á Valory:—«Mañana me acostaré en la abadía de Osval.» Y esta abadía estaba fuera de Francia *en territorio austriaco*.

Mr. de Bouillé aseguraba lo contrario, pero reconocía que el rey no podía gozar de seguridad dentro de su reino y acabó cambiando de opinión y acatando, aunque contra su voluntad, que el monarca entrase en tierra de Austria. Las pocas tropas que aún conservaba Bouillé es-

taban tan desligadas de su general, que habiendo hecho éste algunas leguas para salir al encuentro del rey, tuvo que retroceder rápidamente para estar en medio de sus soldados y conservar personalmente su obediencia.

El proyecto de fuga que parecía francés desde Octubre á Diciembre, no lo era ya en Junio cuando Bouillé veía su mando limitadísimo: alejados los regimientos suizos y ganados á la causa del pueblo los regimientos franceses. Únicamente podía disponer con toda seguridad de algunos escuadrones de caballería alemana. El rey sabía todo esto y por ello había vencido sus primitivos escrúpulos de pasar á la tierra austriaca.

El plan primitivo de Bouillé era tal vez más peligroso. Si el rey salía de Francia se desnaturalizaba él mismo, aparecía como un austriaco, quedaba juzgado por la opinión, y la Francia, sin necesitar excitaciones, se apresuraría á hacer la guerra al extranjero. Pero lo que Bouillé quería hacer era declarar la guerra, sin salir de la frontera, en Francia, aun que cerca de sus límites; apoyándose en una fortaleza cerca de Montmedy, utilizando su caballería, yendo y viniendo, estando dentro del reino ó no estando, según le conviniera. La posición militar que escogía era buena contra los austriacos «y mejor aún—según Bouillé—contra los franceses.» El rey, amparado por sus ginetes y cubierto por las baterías volantes, podía volver triunfante á su palacio ó abrir las fronteras al enemigo. Entonces, arrojando la máscara de la hipocresía, hubiera dicho á los franceses: «No tenéis un ejército que pueda oponerse; vuestros oficiales han emigrado, vuestros cuadros están desorganizados y los parques vacíos. He dejado durante veinticinco años caer en ruinas vuestras fortificaciones en toda la frontera austriaca: las puertas de la nación están abiertas y sin defensa... Y bien: el austriaco se aproxima: por otra parte, llega el español y la Suiza: contemplaos cogidos por tres partes. Sólo os resta rendiros y devolver el poder á vuestro amo.»

Tal hubiera sido el papel del rey, que había venido á parar en el organizador de la guerra civil, el portero de la guerra extranjera que podía á su voluntad abrir ó cerrar las puertas de Francia. Puede ser que para dormir al país y dar confianza á la Asamblea, hubiera pronunciado algunas palabras de falso elogio á la Constitución.

Lieja y Brabante podían decir lo que se puede esperar de las palabras de un príncipe. El obispo de Lieja había vuelto á su señorío con palabras paternales y gran golpe de soldados austriacos, y apenas se vió afirmado en su trono, olvidó sus bondadosas promesas é hizo aplicar á los patriotas los viejos procedimientos de la tortura y el suplicio en la rueda. Los emigrados franceses aún estaban lejos del triunfo, y ya hacían circular listas de los ciudadanos que serían castigados cuando ellos volviesen á Francia. ¿La reina se mostraría clemente al triunfar? ¿Olvidaría su humillación de Octubre cuando apareció en el balcón llorando ante el pueblo? En su bondad sólo había apariencia.

Théroigne de Mericourt, la amazona de la Revolución, á quien acu-

saban de haber insultado á la reina y sus damas en la jornada de Versalles, hizo un viaje á Lieja y fué seguida por la policía de la corte desde París y designada á la policía austriaca (Mayo del 91), la cual como *regicida* la condujo al fondo del Austria á las duras prisiones del hermano de María Antonieta.

Continuemos el viaje de la familia real. Por la tarde, de cuatro ó cinco pasaron por Charlons-sur-Marne. En la campiña se notaba una gran agitación. Para explicar la presencia de los destacamentos en el camino, se había tenido la desdichada idea de decir que iba á pasar por allí un gran tesoro y que la caballería estaba para escoltarlo. Esto, en el momento en que se acusaba á la reina de enviar á Austria todos sus tesoros, era irritar los espíritus, ó cuando menos excitar la atención.

Choiseul estaba tres leguas más arriba de Chalons, con el primer destacamento compuesto de cuarenta húsares, los cuales debían asegurar el paso del rey y cerrar después el camino á todo otro viajero. Si el rey era detenido en Chalons el destacamento debía acudir para libertarlo á viva fuerza. Esta parte del plan por lo disparatado no se comprende. Cuarenta jinetes aunque fuesen héroes no podían salvar al rey si toda una población tan grande se levantaba para detenerle, y menos aún si acudían los habitantes de la campiña.

Justamente los labriegos se enojaban al ver á aquellos húsares parados en el camino: acudían en bandas para contemplarlos con gesto hurano. En Chalons todos se reían de la estupenda noticia del tesoro y muchos presentían de qué tesoro se trataba. La campana de alarma comenzaba á sonar en muchos pueblos convocando á los labriegos para que se armaran, La posición de Choiseul no era sostenible. En vista del retardo de cuatro ó cinco horas que llevaba la expedición, creyó que la cosa había fracasado y el rey no había podido partir. Si avanzaba era aumentar la inquietud de todo aquel pueblo que se reunía é impedir el paso á la familia real si es que llegaba: en cambio si se alejaban los húsares la gente volvería á sus ocupaciones y el camino quedaría libre. Choiseul se decidió á abandonar su puesto. El secretario de la reina, Goguelat, oficial de Estado Mayor que estaba con Choiseul y había preparado con él parte de la fuga, aconsejó á su compañero que evitara el paso por Sainte-Menehould, donde se notaba mucha fermentación en el vecindario. Por esto tomaron un guía y se metieron por los bosques, extraviándose de tal modo, que sólo pudieron llegar á Varennes en la mañana siguiente. Choiseul debió hacer que Goguelat ú otra persona de confianza siguiera por el camino á fin de que si pasaba el rey lo guiara advirtiéndolo á los destacamentos situados más arriba; pero en vez de esto se limitó á enviar un lacayo de la reina que estaba con él, el cual, turbado por la emoción ó tal vez por el miedo, lo que hizo fué decir que no había esperanza por haber fracasado el viaje y que debían replegarse al campamento de Bouillé. En cuanto á Choiseul, abandonando á sus

húsares marchó rectamente fuera de Francia, refugiándose en el Estado de Luxemburgo.

El rey llegó en el momento que el destacamento acababa de alejarse. ¡Ni Choiseul, ni Goguelat, ni tropas! El rey, según declaró después, «vió un abismo abierto.» A pesar de todo, el camino aparecía tranquilo. Llegaron á Sainte-Menehould y allí el rey en su inquietud sacó la cabeza fuera de la portezuela. Un destacamento de dragones estaba pie á tierra en la plaza del pueblo: el comandante, sombrero en mano, se acercó al rey para excusarse por no tener su fuerza á caballo: muchos ciudadanos reconocieron al rey. La municipalidad reunida apresuradamente prohibió á los dragones que montasen á caballo. Sus disposiciones eran vacilantes y no tuvo resolución para deter el carruaje.

Pero entre los vecinos había un hombre que se ofreció á seguir á los fugitivos para hacer que los arrestasen más lejos: la municipalidad le dió autorización para ello. Este hombre era un antiguo dragón llamado Drouet, hijo del maestro de posta del pueblo.

Partió inmediatamente á todo galope pero seguido de un dragón que comprendió sus intenciones y que le hubiera muerto á tenerle á su alcance. Drouet lo comprendió, y abandonando el camino se internó en los bosques haciendo imposible la persecución.

Por esto no alcanzó al rey en Clermont. Esta población no estaba menos agitada que Sainte-Menehould, pero la presencia de un fuerte destacamento neutralizaba la efervescencia y el coche pudo pasar adelante.

Drouet no hubiera podido alcanzar á los fugitivos si éstos no se hubieran detenido más de media hora en las inmediaciones de Varennes para pedir noticias sobre el punto dónde se encontraban.

Esta fué una de las faltas capitales de la expedición. Goguelat, oficial de Estado Mayor, ingeniero y topógrafo, estaba encargado de todos los detalles, de situar los relevos en todos los puntos donde no hubiera casa de postas. El era quien había dado todo el plan al rey y lo había reformado varias veces á su gusto. Luis XVI, que tenía una excelente memoria, lo repitió palabra por palabra á su correo Valory y le dijo que encontraría caballos de tiro y un destacamento *antes de llegar* á Varennes. Posteriormente Goguelat decidió que fuese *pasado* Varennes y se olvidó de advertir al rey este cambio en el plan convenido.

El correo Mr. de Valory que galopaba delante, habría acabado por encontrar el relevo si como era natural hubiese tomado una hora ó por lo menos media hora de avance; pero le parecía mejor aprovechar tan hermosa ocasión para estar en contacto con las personas reales y marchaba junto á la portezuela, obteniendo así algunas palabras de los augustos viajeros. Tarde, siempre tarde, cuando llegaban á un punto determinado ponía su caballo á galope y avisaba á los relevos. Esto dió buenos resultados en algunos puntos, pero en Varennes lo perdió todo.

Los viajeros pasaron media hora en la entrada de Varennes bus-